



I CONCURSO INTERNACIONAL DE RELATO CORTO

ACCÉSIT (TERCER PUESTO)

6 de Febrero de 2021

EL ENVÉS UMBRÍO DE LA BELLEZA

Autora: Josefina Solano Maldonado

(Alhaurín el Grande, Málaga, España)

Había un barranco dentro de sus ojos. Después de tanto tiempo vi en Piedad a una mujer distinta. La miré despacio sin reconocerla del todo y, no obstante, comprendiéndola como no la había comprendido hasta entonces. Me abrazó con fuerza, como si quisiera recuperar en mí una traza de su pasado, quizás algo que no le supiera a derrota y a desaliento. Al sentir su perfume, recordé un verso escrito por ella en una servilleta de papel que todavía conservaba: “*Quizás vivir sea también el envés umbrío de la belleza.*”

Habían pasado muchos años. Volvimos a encontrarnos casualmente en el Barbarie, un garito de Madrid que frecuentábamos cuando éramos estudiantes universitarios: ella cursaba la carrera de Literatura y yo la de Bellas Artes. Por entonces, asistíamos a largas sesiones de jazz, y compartíamos copas, libros y poesías. En aquel local desarmábamos esa conciencia tóxica de los días, nos librábamos de esas pequeñas muertes cotidianas que solían suceder cuando todo quedaba ciego, vacío de gozo, cuando la vida empezaba a regirse por el maniqueísmo de las malas películas.

El tiempo que estuve con Piedad lo recuerdo cómo una etapa de ansias y rebeldía que no cambiaría por nada. Era una mujer de una hermosura extraña y triste. Decía que la vida era algo que nos empujaba no sabíamos dónde, que era pertenencia nuestra sin saber si podíamos disponer de ella, una cosa semejante a una contradicción, a un juego donde éramos simples peones. Sus poemas eran esas espinas que crecen dentro de la rosa,



el aliento oblicuo que tiene la angustia, una luz soterrada en la hondura de sus labios. Sus versos eran un hueco inmenso donde cabían todas las preguntas. En el Barbarie procurábamos siempre encontrar algo que no tuviera el tacto de las flores secas, algo donde pudiera anidar la hermosura de todos los seres y todas las cosas. En aquellos años aún podíamos permitirnos el lujo de aferrarnos a los sueños, de hacer de ellos nuestra tabla de salvación. Éramos muy jóvenes, y entre copa y copa, levantábamos el futuro con esa mezcla de perfidia y desobediencia que tienen los inconformistas.

Piedad, después de escucharme narrar algunos de los mejores recuerdos que yo conservaba del Barbarie, me miró con tristeza. Era como si le costara entender que el sitio donde se encontraba era aquel de entonces, como si yo mismo fuera el portador de una fábula en la que había dejado de creer hacía mucho tiempo. Caí de nuevo en el barranco de sus ojos y habló:

-El mundo es un perro enfermo que no para de ladrar. La mala hierba crece demasiado rápido en los corazones. Ya nadie mira a las palomas. Estorban los viejos. Se han levantado nuevos muros dentro del laberinto.

Piedad mascullaba frases sueltas, y lo hacía con un ritmo pausado. Ocurría en ella esa lucha que tienen los seres que habitan en el fondo del barro, esos seres que buscan la manera de trepar a lo alto, de subir un instante al calor de la vida:

-Cuando me marché de Madrid la vida fue cobrando para mí color de hospital y cárcel, César. Bajo mis pies todo se quebraba, había muerto en mí esa parte cándida e ingenua, que se ilusionaba con sus impulsos y sus abnegaciones. Ya no era capaz de ponerlo todo del revés, como hacíamos en el Barbarie. La literatura me sirvió para entender, con el paso del tiempo, por qué Gregorio Samsa acabó convertido en un insecto repugnante, para leer hasta la saciedad los versos encharcados de los poetas malditos, para ser una apestada de Camus, un eco ebrio de Bukowski, una difunta de Comala, una puta de Nabokov. Cuando escribía poesía lo hacía desde el pleno convencimiento de que la existencia era también un destierro, de que todo estaba salpicado de gritos, de que el tiempo incubaba implacable sus larvas en el seno de los relojes.

Piedad hablaba con ese desaliento que tienen los que aman y odian la vida con la misma fuerza. Dio un sorbo al whisky y sacudió los rizos de su melena con un ligero movimiento de cabeza. Sabía que no estaba dispuesta a hacer pasar por indiferencia su soledad, no iba a hacer pasar por certezas sus dudas, no iba a adornar su discurso con esa terneza y candor que usan los que maquillan compasivamente el mundo. Piedad había descubierto que había demasiado frío en los afectos, demasiada desidia en la voluntad de ser, demasiados mensajes que no decían absolutamente nada. Le recordé alguno de los planes de futuro que habíamos hecho en el Barbarie cuando éramos tan jóvenes. Las facciones de su rostro se tensaron, y una lluvia oscura comenzó a caer dentro de ella:

-Después de terminar la carrera, volví a Málaga y empecé a trabajar. Necesitaba dinero mientras preparaba las oposiciones. Me contrataron por las mañanas en la pescadería de un barrio gris y descastado. Atendía a mujeres, que formaban el grueso de la clientela, entre voces que unas veces eran de apresuramiento, y otras, la mayoría, de protesta. Hablaban de lo mal que iba el país, de lo complicado que resultaba enganchar al mercado laboral a sus maridos, o a sus hijos que se llamaban Jonathan, Kevin, Jessica o Vane y fumaban en cachimbas. Todas sus charlas se componían de tosquedades, cosas



aproximativas y convencionales, arrancadas de cuajo a los telediarios y transformadas a su antojo. Pero siempre había alguna señora que, con mucho desparpajo, remataba contando entre risas las hazañas de su marido en los trances sexuales; o que aderezaba con su particular sentido del humor los programas del corazón que veía por la tele.

Yo escuchaba aquellos discursos y chascarrillos y me limitaba a darles la razón. Al fin y al cabo, tampoco ellas eran culpables de ser parte de ese conjunto de seres marginados, condenados a ver la vida desde una única ventana. Desde aquel alféizar sólo podían usar esa moral que compadece a los muchachos que se drogan, a las chicas que son madres adolescentes, y a las familias que acudían al comedor social porque no les quedaba otro remedio. Muchas de ellas integraban el conjunto de esa misma gente a las que compadecían, esposas unas de borrachos, las otras de ludópatas y mujeriegos, la mayoría de cincuentones que habían perdido el trabajo y no conseguían reinsertarse en el mercado laboral. Muchas eran madres de muchachos que pasaban el día en el parque, fumando marihuana y trapicheando; madres de chiquillas que se embarazaban demasiado pronto y que pasaban a engrosar las maltrechas familias con bebés, que ellas, las abuelas, sacaban adelante trabajando en cualquier cosa que les saliera. Si algo admiraba de muchas de aquellas mujeres era esa filosofía paciente que usaban para encajar los golpes, y el ánimo con el que se enfrentaban a las dificultades. Tal vez ya habían digerido el veneno que la vida les había inoculado, y sabían que siempre la desazón se mastica mejor entre carcajadas.

Cuando llegaba a casa intentaba borrar de mí el olor acre del pescado. Con la esponja me restregaba la piel una y otra vez, me rociaba de colonia y prendía en cada habitación una vela aromática. Pero siempre una huella hundida y sucia acusaba en mí su presencia, y seguía asaltándome aquel odioso olor a pescado, aquella repugnancia que cubría todos mis vacíos. A los tres años encontré otro trabajo.

Empecé a dar clases en una academia de una zona acomodada de la ciudad. En cada jornada debía enfrentarme a un grupo de adolescentes malcriados y groseros, que no entendían qué utilidad tenía un análisis sintáctico, para qué servía dividir las palabras en lexemas y morfemas, o leer un libro, cuyo resumen podían encontrar fácilmente en la red. Aquellos jóvenes estaban convencidos de que las cosas más importantes de la vida podían condensarse en un Twitter, en una foto de Instagram, o en cualquiera de aquellos comentarios absurdos, que colgaban en las redes sociales o difundían a través del WhatsApp. Otros chavales habían encontrado en los videojuegos su manera de enfrentar el mundo, y en cada partida trataban de sumar vidas, vidas de mentira, vidas efímeras, vidas sin proyectos. Todos, inmersos de lleno en la virtualidad, se dejaban guiar por gurús de la red que lanzaban mensajes nimios y estúpidos. Y de este modo se iba formando sobre ellos la dura costra de una aceptación indiscutida, convirtiéndose en seres que no sabían pensar con criterio propio, seres incapaces de confrontar sus conocimientos embrionarios con sus experiencias vitales, seres clónicos que repetían siempre los mismos lemas y las mismas necesidades, seres para los que la felicidad era vestir ropa de marca, tener un iPhone, o unas gafas de sol como el “influencer” que seguían por Internet.

Sólo podía atraer la atención de algunos de ellos cuando abandonábamos la programación y leíamos textos en clase. Formábamos una camaradería curiosa al entrar de lleno en la verdadera literatura, la que se siente, la que transforma. Recuerdo como un



momento especial el día que recitamos los *Sonetos del Amor Oscuro* de Lorca. Los muchachos fueron capaces de entender en aquellos versos el agujijón del deseo, el ansia del amado, la negación que lo convertía en pasión y llanto. En mitad de una vida limpia y derecha, hecha a imagen y semejanza de los convencionalismos de la época, brotaba el amor desaforado del poeta por otro hombre, ese que desnudaba su alma en cada soneto, ese al que su pluma no renunciaba. Aquellas clases volvían a crear en mí la necesidad de entregarme, de avivar la satisfacción de los jóvenes con algo que era para ellos inédito. Pero luego estaba obligada a retomar el molde, los reglamentos del programa de estudio, la norma de la academia, y volvía otra vez a sumergirme en aquel ambiente pastoso y viciado de la rutina.

Los días tenían el espesor de la mediocridad, y en mitad de mucha gente me sentía inmensamente sola. La soledad es una catástrofe que ocurre dentro de nosotros cuando estamos perdidos, cuando no tenemos una historia en la que habitar. La soledad es una forma desarticulada, una superficie rota, níquel corrompido. Todo eso era yo dentro de una turbia y gregaria realidad que me aplastaba. Estaba cansada de representarme a mí misma como una pobre artista de vodevil en un teatrillo de segunda categoría. En casa escribía poemas y cuando salía bebía, bebía mucho. El alcohol borraba durante un rato mi conciencia de indignidad que era como un punto doloroso en el corazón. Pasaba noches enteras leyendo sin descanso. En las obras iba reconociendo otra vez el implacable aullido del tiempo, todos los nombres que albergaban la náusea de existir cuando te nace dentro un grito largo. Y así me cercioraba de que estaba dentro de un mundo leve, sin consistencia, varado en la nimiedad.

También el amor se fue muriendo. Los años nos fueron convirtiendo a Miguel, el hombre con el que vivía, y a mí en seres pasivos, cada vez más distantes y extraños. Un día nos dimos cuenta de que sólo arrastrábamos los cadáveres de las posibilidades perdidas, todo lo que pudo ser y nunca procuramos que fuera. El amor es llama y cuando se apaga sólo queda indiferencia, acaso un recuerdo agradecido de un fuego que jamás volverá a prender.

Las palabras de Piedad me calaron hondo. También las cosas que yo hacía se desdoblaban, perdían su sustancia significativa, se reducían a simples apariencias paradójicas y muchas veces fueras de toda lógica. Yo había estudiado Bellas Artes y acabé siendo un tipo gris y anodino que trabajaba en el despacho de una aseguradora. Me rodeaba esa gente que enseñaba hipócritamente una sonrisa y hablaba como si estuviera pariendo el mundo, gente que fluctuaba entre la felicidad y el drama con una teatralidad de la que no eran conscientes. Sí, Piedad tenía razón: el mundo era un perro enfermo que no dejaba de ladrar, la vida tenía ese envés umbrío que también gasta la belleza. Hubiese querido correr, escapar hacia ese lugar profundo donde nacen las emociones, hacia esa música que nos despertaba del letargo, hacia algo que no estuviera manoseado y viejo. Hubiera querido recuperar todas las promesas, asaltar la primavera con las manos llenas de tiempo. Deseaba encontrar un amor que echara raíces en mi pecho, un amor que no fuera el tránsito efímero de las pasiones. Pero igual que ella, sólo me quedaba el triste ruido que tienen los espejos que se rompen. Las horas se iban desmenuzando como trozos de algo repetido, y llegaba de nuevo el sol del verano, los charcos del invierno, y la soledad que dejaba cicatrices sobre las cosas y todo lo que yo era.



Piedad había vuelto a la Madrid buscando los despojos de aquellos días en que fuimos felices. Ahora estaba en el Barbarie pensando que se había engañado lastimosamente. Empecé a acariciarle poco a poco las mejillas. El rostro se le llenó de una expresión juvenil, como si con este gesto por fin hubiéramos salvado la distancia que nos separaba. La estreché contra mi cuerpo y la besé. Era el instante decisivo para confesar aquella pasión que volvía a hacer vibrar hasta las más íntimas fibras de mi ser.

-Te sigo queriendo, Piedad.

-También yo te quiero, César.

Habíamos dejado nuestra relación cuando acabamos la universidad. Ahora parecía que hubiésemos borrado de un plumazo los años perdidos, el amor llegaba de golpe, de manera irremediable. Estábamos otra vez juntos, juntos podíamos esquivar aquel destino mediocre que durante tanto tiempo nos había guiado. El corazón me latía aceleradamente, y tenía miedo de dar un paso en falso, de perderla otra vez y para siempre.

Al oído le recité aquellos versos de Lorca que tanto le gustaban:

*Tengo miedo a perder la maravilla
de tus ojos de estatua y el acento
que me pone de noche en la mejilla
la solitaria rosa de tu aliento.*

Abracé de nuevo a Piedad envolviéndola en una cubierta cálida donde no quedaba espacio para la herida. Los dos estábamos otra vez en el punto de partida, dispuestos a dejar nuestra piel de vagabundos existenciales, dispuestos a levantar el mundo fuera del envés umbrío de la belleza, lejos de los ladridos de un perro enfermo. Podíamos soñar paisajes nuevos sin muros ni laberintos, podíamos suavizar el plomo de los días, podíamos juntos cubrir nuestras dos enormes soledades, ser dos destinos complementarios. Era posible creer de nuevo en las promesas, era posible despoblar de piedras los caminos. Volví a besarla y no me cupo duda de que era ella el verdadero amor, el que perdí una vez y que, sin saberlo, había estado buscando durante tantos años.

JOSEFINA SOLANO MALDONADO